

VIAJAR CAMBIARÁ TU VIDA

10
LECCIONES
QUE
APRENDÍ AL
RECORRER
EL MUNDO



ALAN X EL MUNDO

VIAJAR, CAMBIARÁ TU VIDA

10 LECCIONES QUE APRENDÍ
AL RECORRER EL MUNDO

ALAN X EL MUNDO



ALAN POR EL MUNDO

VIAJAR CAMBIARÁ TU VIDA

10 lecciones que aprendí al recorrer el mundo

1ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024

© del texto: Alan Estrada, 2023

Primera edición en México: 2023

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar y David López

Fotografías de cubierta: Manu Manuti / iStock

Imágenes del interior: Archivo personal del autor

ISBN: 978-84-08-28376-8

Depósito legal: B. 19.624-2023

Impresión y encuadernación: Liberduplex

Printed in Spain – Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



11

PRÓLOGO

LECCIÓN 1



Ser niño
de nuevo

17



LECCIÓN 2



La zona de
confort

43



LECCIÓN 3



Contar
historias, no
países

79



LECCIÓN 4



Aquí y ahora

109



LECCIÓN 5



Vemos lo
que somos

131



LECCIÓN 6



Viajar es
también una
responsabilidad

145



LECCIÓN 7



La diversidad
hace bello al
mundo

175



LECCIÓN 8



El nacionalismo
se cura viajando

205



LECCIÓN 9



El miedo

219



LECCIÓN 10



Todos los
viajes
terminan

245



265

AGRADECIMIENTOS



271

FOTOGRAFÍAS

LECCIÓN 1





La ventana que no abre

Uno de los sueños más frecuentes que tenía en mi infancia era volar. No importaba la situación ni el lugar, lo único que tenía que hacer era agitar mis brazos de la forma más ridícula posible y cuando menos lo esperaba estaba alzándome por el aire con una mezcla de poder y miedo. Podía verlo todo y a todos debajo de mí, era una sensación espectacular. Me deslizaba en el aire con tal destreza que me sentía poco más que un superhéroe. Amaba las noches en que soñaba que volaba. Me recuerdo yendo a la cama con ganas de volar, era mi sueño favorito y sabía que esa sensación solo era posible recrearla oníricamente.

Hasta que viajé.

El primer avión que tomé en mi vida fue un vuelo Guadalajara-Los Ángeles. Tenía nueve años. Recuerdo a la perfección el olor, la textura del asiento, los sonidos del motor y los inalcanzables compartimentos superiores donde los adultos guardaban sus pertenencias. Pasé noches enteras imaginando la comida que, según mi madre, era exactamente como la de los restaurantes pero en miniatura. Qué bueno que los vuelos se toman de vez en cuando, porque nadie puede so-

brevivir comiendo alimentos miniatura. Imaginaba lo que se sentiría al despegar, esa sensación de separarse del suelo para lograr uno de los actos más maravillosos que, en mi opinión, ha logrado la humanidad: volar.

Cuando me enteré de que viajaría en avión por primera vez, mi cerebro infantil ya había creado en mi cabeza un escenario completo de cómo sería esa experiencia, incluido, por supuesto, el momento culminante de abrir la ventana para poder sacar la mano y tocar las nubes. La anticipación de esa experiencia era tan poderosa que no cabía en mi cabeza otra posibilidad que no fuera como la imaginaba. Con ese primer vuelo no solo descubrí el poder, a veces devastador, de la expectativa, sino también la desilusión.

El cielo era pequeño comparado con el tamaño de mi decepción cuando me enteré de que las ventanas de los aviones no podían abrirse. ¿Qué clase de diseño era ese? ¿Una ventana que no se abre? ¿Qué sigue, puertas que dan a una pared, escaleras que no llevan a ningún lado? ¿Quién había diseñado semejante tontería?

No podía creer que aquello que había imaginado durante días no fuera posible. Quería abrir esa ventana, quería ver si en realidad las nubes eran de vapor como me había dicho mi madre. Esta comprobación se vio frustrada por la noticia de que las ventanas de los aviones nunca han podido abrirse, se trataba de una «falla» de diseño en todos los aviones comerciales. Me parecía una estupidez y no había ninguna explicación que pudiera cambiar mi opinión al respecto. Los adultos a veces son tan tontos. ¿A quién se le ocurre poner ventanas que no pueden abrirse?

Me distraje del enojo y mis sentidos se alertaron por completo cuando las turbinas aceleraron a máxima potencia al inicio de la pista, estábamos a punto de despegar y mi cuerpo vibraba de forma descontrolada, no sé si por la fuerza de los

motores o por la desbordante emoción; era imposible saber cuál de ellas me sacudía más. Estaba a punto de volar despierto.

Y volé por primera vez. La primera de muchas.

Desde aquella vez me resigné a ver el mundo pasar por esa ventana sin la posibilidad de tocarlo. Aun así, la sensación era espectacular. Estábamos volando. Despegados por completo del piso, navegando por el aire en un acto que para mí no podía tratarse de algo más que de magia.

Darí­a lo que fuera por recrear las sensaciones que ese primer vuelo despertó en mi pequeño cuerpo. La expectativa, la sorpresa, el miedo y otras decenas de emociones que estaba descubriendo por primera vez, incluyendo el temor de un accidente —a esa edad ya había escuchado varias historias de terror—. Aprender a abrocharse el cinturón y a sentarme por única vez en clase turista sin que mis rodillas pegaran con el asiento de enfrente. Descubrir ¡mi mesa personal!, las revistas; me habían contado que algunos aviones modernos incluso tenían una tele enfrente de ti. No podía creerlo.

Ahora sería imposible contar cuántos vuelos he tomado, pero siempre procuro sentarme en la ventanilla para recordar aquel día en el que soñé con sacar la mano por la ventana para tocar las nubes y decirle a mi madre: «Tenías razón, están hechas de vapor».

Cuando somos niños todo es nuevo, todo es sorpresa y la imaginación rellena los huecos de información y experiencia que no poseemos. Jugamos a la vida, sin saberlo. Soñamos en grande, no necesitamos mucho más que aquello que creamos en nuestra mente y cuando experimentamos el mundo material nuestro cuerpo reacciona con una serie de sensaciones que no conocen límites en su expresión. No conocemos barreras ni limitaciones, el mundo se encarga de presentarnos todas esas estructuras con el tiempo. Soñamos, soñamos que

volamos y soñamos que jugamos. Soñamos sin límites y de manera incansable. Soñamos con descubrir el mundo.

Viajar nos ofrece la oportunidad de volver a soñar y ser niños de nuevo.

La capacidad de asombro

Alguna vez me preguntaron: «Si pudieras estar un día en la piel de un explorador del pasado, ¿a quién elegirías?». Sin dudar, respondí: «Johann Ludwig Burckhardt, el primer explorador europeo en Petra».

Petra es uno de los sitios del mundo que más me han impresionado, ver esta enorme ciudad tallada en las montañas de Jordania, rodeada de misticismo, de acantilados, cañones y colores imposibles es una visión que le roba el aliento a cualquier viajero, se merece por completo su título de nueva maravilla del mundo. Todos hemos visto alguna foto de Petra, algún video o documental, incluso hemos visto a esta maravillosa zona arqueológica aparecer en famosas películas. Es prácticamente imposible que llegemos a Petra sin tener al menos una idea de lo que veremos. Por eso la historia de Burckhardt me llama tanto la atención.

Johann Ludwig Burckhardt fue un viajero y explorador suizo que, además de todo, era espía. Se convirtió en el primer europeo en pisar la ciudad prohibida de Petra, un sitio que estaba reservado por entero para los lugareños con el afán de mantenerlo alejado de las rutas comerciales. Petra era una leyenda, un lugar que llegaba a oídos de los extranjeros como si de una fantasía se tratara, un relato maravilloso de una ciudad como no había otra. En una época en la que no existían los recursos visuales, la narrativa oral lo era todo, el Instagram de la Antigüedad. A través de la palabra se lo-

graban construir fotografías fantásticas en la imaginación de los exploradores. Los adjetivos eran los filtros, las caras de asombro, los *likes*, y la repetición del relato era la forma de hacerlo viral.

Se hablaba de Petra como de pocos lugares. En la Antigüedad, las anécdotas coincidían en que para llegar a esta impresionante ciudad había que caminar por un larguísimo cañón de piedra rojiza que el agua había esculpido con el paso de los siglos. Durante aquel recorrido podía observarse un admirable sistema de canalización de aguas que abastecía a la ciudad de tan preciado líquido en mitad del desierto, una maravilla de la ingeniería. El final de este cañón representa la entrada a la ciudad tallada en la piedra rosa del desierto jordano, la mítica capital del antiguo reino de los nabateos. Un lugar del que, hasta entonces, ningún occidental había sido testigo. Al menos en los últimos 600 años. De cierta manera, visitarlo significaba la muerte.

Desafiando todas las advertencias, Johann Burckhardt emprendió una expedición por el territorio de la actual Jordania disfrazado de árabe y con una identidad falsa. Johann era un hombre muy culto y educado, su dominio del idioma árabe lo hacía ideal para esta peligrosa y arriesgada aventura. Y fue así como en 1812, acompañado de un guía, se convirtió en el primer occidental en comprobar los fantásticos relatos sobre esta sorprendente ciudad.

Me tiemblan las manos de imaginar la adrenalina corriendo por las venas de aquel explorador suizo al comenzar a atravesar el imponente Siq, un camino de 1,2 km que lleva hasta la antigua ciudad. Imagínense por un momento llegar allí hace 200 años. Petra es de por sí impresionante, no importa cuántos videos, fotos o películas hayas visto sobre ella. Ahora imagina esto cuando tu capacidad de asombro sobre lo que encontrarás está intacta, cuando la única imagen en

tu cabeza es la creada por los relatos, las leyendas y los mitos. Estás arriesgando la vida por ver con tus propios ojos un lugar que nadie en tu continente ha visto antes. Estás a punto de observar un lugar que, si no fuera porque lo estás pisando, respirando, escuchando y contemplando, podrías jurar que solo habita en los sueños y en la imaginación de los narradores.

Tu corazón palpita a mil por hora. El sonido seco de las herraduras del caballo que montas hace eco en el cañón de piedra rosa que se levanta hasta 70 metros sobre ti. Tu respiración se agita, debes contener la emoción; si te descubren, estás muerto. Este territorio significa la muerte para todos los cristianos que tienen la osadía de invadirlo. Avanzas con una falsa identidad, la del jeque Ibrahim ibn Abdallah, y debes sostener la intención que te permitió dejar la caravana y adentrarte en la ciudad de piedra para ofrecer un sacrificio en la tumba del profeta Aarón.

Avanzas, el cañón se ensancha por momentos y luego se encoge como una gigantesca serpiente rocosa. El viento del desierto sopla entre las paredes de piedra como si el lugar fuera un instrumento inmenso. Intentas disimular el estupor mientras guardas en tu cerebro las imágenes que llegan a ti, es imposible tomar notas, es impensable hacer un dibujo, tu vida está de por medio. Debes confiar en tu memoria y conservar en tu cerebro cada nicho, cada figura, cada tumba que tus ojos pueden ver. Tu identidad no puede ser descubierta, debajo del disfraz está el asombro encarnado, la sorpresa agitada y el descubrimiento a flor de piel.

Al final del cañón, una impresionante construcción se asoma entre el espacio que dejan las dos enormes paredes. Tu corazón parece detenerse, el Siq termina y estás ahora en el equivalente a una plaza enorme frente a la que se eleva el edificio más impresionante de Petra: el Khazneh, hoy conocido

como El Tesoro. Un lugar excavado en la piedra de impresionantes dimensiones y detalles que te roban el aliento.

No puedo describir la emoción que me provoca tan solo pensarlo. Ver Petra por primera vez, antes que nadie en tu continente, cuando no existía la fotografía, cuando no estábamos bombardeados de información a cada segundo, cuando el mundo parecía avanzar más lento. Burckhardt debía confiar en su memoria para poder describir lo que vio, incluso cosas que hoy ya no se conservan. La Petra de Burckhardt ya no existe. Como el mundo que recorreremos tampoco se conservará tal cual para las próximas generaciones.

Burckhardt no dejó fuera los más finos detalles cuando plasmó en su diario todas las maravillas que observó. Le sorprendieron las tumbas reales, los sistemas de canalización de agua, el trato de la gente, las tonalidades de colores de todo el lugar y los olores que recorrían aquellos vericuetos. Nos dejó un testigo narrativo de esa visita que aceleró su corazón y acelera también el mío cada vez que recuerdo la historia.

Yo no tengo la valentía de Burckhardt ni tampoco su afán científico, pero admiro profundamente su labor, coraje y determinación en una época en que los peligros, riesgos y vicisitudes vividas son casi imposibles de imaginar para quienes vivimos en la era digital. Había algo que a Burckhardt le sobraba: la capacidad de asombro.

La capacidad de asombro es una de las cosas que más nos hacen disfrutar un viaje. Anhelamos recorrer el mundo para visitar lugares que nos roben el aliento y nos provoquen un asalto emocional al verlos y recorrerlos. Sitios que hagan palpar nuestro corazón de la misma manera en que Petra lo hizo con Burckhardt. Queremos que cada país, ciudad o pueblo nos sorprenda, nos haga sentir.

Es completamente natural esperar esto de un viaje. Todos lo hacemos y es la razón principal de por qué los primeros viajes

resultan ser tan mágicos y transformadores. Somos niños anhelando ser sorprendidos por el mundo, aunque a veces nos topemos con que la ventana no puede abrirse. Pero también es cierto que mantener esa capacidad de asombro en una era en la que la información literalmente vuela por el aire es todo un reto.

No podemos ser Burckhardt, no vivimos en la misma época y por fortuna no tenemos que arriesgar la vida para disfrutar de una de las maravillas del mundo. Pero ¿cómo podemos trabajar nuestra capacidad de asombro para que no se agote?

Recurriendo a nuestro niño interior.

El lugar más feliz de la Tierra

Yo estaba tan emocionado como solo un niño de nueve años que está por conocer Disneyland puede estar. Trataba de crear en mi cabeza las imágenes de lo que mis ojos descubrirían por primera vez aquel verano de 1989. Las fotos del viaje de mi hermana unos años antes al «lugar más feliz de la Tierra» no me eran suficientes en una época en la que no existía internet, Wikipedia ni YouTube. Quería saber cómo era todo, dónde vendían los boletos, cómo llegar hasta allá y si Mickey Mouse podría platicar conmigo.

Mi hermana, 10 años mayor que yo, me decía que no recordaba cada detalle, que habían pasado muchos años y que había ido muy pequeña como para retener toda la información que yo le demandaba. Uno de los pocos episodios frescos en su memoria era un espectáculo de *Star Wars* que representaba una batalla entre los *stormtroopers* y los *jedi* a poca distancia del público. Yo no podía contener mi asombro:

—¿Tienen espadas láser de verdad? —pregunté sin cerrar la boca.

—¡Como en la película! —contestó mi hermana.

No podía imaginarme eso. Yo sabía que las espadas láser de tan famosa saga eran producto de efectos visuales de Hollywood, pero ¿verlo en persona? ¡Eso debía ser asombroso! Yo insistía en que me contara un poco más, mis ojos estaban abiertos como la boca de un payaso y la bombardeaba con decenas de preguntas sobre cómo eran las cosas, qué olor tenían y si se veían exactamente igual que en las películas.

Recuerdo a la perfección las imágenes que se formaban en mi mente con cada dato que me daban las personas que conocían ese lugar tan mágico y tan lejano. ¡Qué increíblemente ilimitada es la imaginación de un niño! Mi mente volaba al escuchar cómo aparecían y desaparecían fantasmas en La Mansión Embrujada; cómo, de acuerdo con la información de algunos testigos, una batalla pirata de proporciones épicas ocurriría mientras navegabas en un barquito que avanzaba de forma misteriosa. Hablaban de un desfile de luces, que se me antojaban estrellas que descendían a la Tierra para bailar entre nosotros.

No podía esperar para llegar a ese lugar. Contaba los días para poder volar, subirme a ese juego en el que se veía el mundo a tus pies mientras flotabas al más puro estilo de Peter Pan. Quería conocer el mundo entero en un paseo en bote, descubrir los fantasmas y hacer un crucero por la jungla con animales que, según los adultos, eran robots. En mi mente no existían murallas: si lo puedes imaginar, puede existir en Disneyland.

El viaje duró menos que un suspiro, no hubo fila que no valiera la pena hacer ni espera que no fuera recompensada. ¡Era real! Los piratas peleaban mientras yo atravesaba un mar de fantasía. Volé sobre Londres como Peter Pan y juro que los automóviles allá abajo se movían. Conocí el mundo sobre un bote y saludé a Mickey en persona, no me habló, y no fue

necesario. Recorrí la jungla entre elefantes e hipopótamos y hasta tuvimos que huir de una tribu de caníbales. Corrí, reí, abracé a mis padres y no paraba de darles besos y gracias, gracias y besos. Me empapé en una montaña, volé en una nave espacial hacia las estrellas y, aunque no lo crean, vi pájaros que cantaban como humanos. Conocí a los fantasmas que no espantan y me subí al tren más rápido del mundo. Al caer la noche, cientos de estrellas bajaron a bailar con nosotros en formas infinitas al ritmo de una melodía que aún me hace sonreír. Cuando pensé que todo había terminado, millones de luces llenaron el cielo detrás del castillo. ¡El primer castillo que vi en mi vida! ¡Espera! Hay algo ahí volando... ¡Es campanita! Lloré, quería tener sus alas para llegar a la torre de ese castillo y ver lo que había dentro. En ese lugar que parecía inalcanzable estaba yo, descubriendo por primera vez la felicidad plena y convencido de que no hay sueños demasiado grandes, sino mentes que se hacen pequeñas. Fui feliz, muy feliz.

Mi primer viaje al extranjero fue para visitar Disneyland: «El lugar más feliz de la Tierra», como su eslogan deja claro. Es de las cosas que más les agradezco a mis padres, la oportunidad de vivir esa magia cuando eres pequeño es algo indescriptible. Para nadie es un secreto que los parques de Disney ocupan la cima mundial en cuanto a entretenimiento y parques temáticos se refiere, y de verdad hacen todo lo posible para que tu experiencia sea mágica e inolvidable.

Disneyland tiene un importante valor en mis nostalgias, por lo que me atrevo a usarlo de referencia en este episodio. Hay algo en los parques de Disney que apela de manera inmediata a nuestro niño interior sin importar a qué edad lo visites; esa es la sensación que quisiera rescatar.

No te tienen que gustar Disney ni sus famosos parques de diversiones para entender el punto que quiero expresar. Pero

si hablamos de recuperar al niño interior, Disney sabe mejor que nadie cómo hacerlo.

No todos tuvimos la oportunidad de viajar de niños, de hecho, yo no volví a salir del país hasta que tuve la mayoría de edad. Sin embargo, esa experiencia se quedó tan clavada en mí que la tomo como referente siempre que siento que mi niño interior se está escapando.

Muchas de las lecciones que he aprendido al viajar se manifiestan primero como sensaciones, emociones, estados de ánimo o sentimientos de aguda profundidad que no logro entender del todo. Viajar nos regala eso. En este caso, la capacidad de asombro nos remite a nuestro niño interior, como cuando yo pensaba que las ventanas de los aviones podían abrirse. Dejarte sorprender es ser niño de nuevo, no importa si la sorpresa ocurre en un sitio creado de forma artificial, como lo es un parque fantástico.

Los parques de Disney son una maestría en turismo, hospitalidad y servicio al cliente. Son esos lugares aparentemente creados para niños al que casi todos los adultos desean ir. ¿Por qué? Porque nos sorprenden, nos remueven las emociones a través de un bombardeo de nostalgia y nos presentan la posibilidad de suspender la incredulidad valiéndose de la parafernalia teatral. Para muchos, es recordar que la magia existe.

Al recorrer los parques poblados de esos personajes que formaron parte de nuestra infancia es imposible no volver, aunque sea por un instante, a los momentos en los que soñamos sin ningún límite, cuando el mundo era tan solo un camino hacia adelante y jugar era nuestra única preocupación. Al entrar a estos parques nos permitimos, nos damos permiso de ser niños de nuevo porque estamos en el entendido de que todos los presentes tienen la misma disposición. Nos compramos unas orejas de Mickey Mouse para portarlas en la cabeza

durante el día entero junto con una playera colorida y nos decoramos con una parafernalia que en cualquier otro contexto podría parecer ridícula. Entramos en una convención grupal de que el mundo es un sitio mágico y solo queremos divertirnos, como cuando éramos pequeños.

Las atracciones están diseñadas para sorprendernos, ya sea a través de la tecnología, los efectos de sonido o una caída inesperada. Reímos de asombro. La tremenda sacudida mientras montamos Expedition Everest en Animal Kingdom nos arrebató una carcajada, la Sirenita en It's a Small World nos roba un suspiro y el saludo de Mickey en persona nos emociona como cuando teníamos seis años. Hemos crecido, pero Disney ha diseñado un mundo que nos regresa la capacidad de maravillarnos, que nos arranca expresiones de sorpresa con cada espectáculo, desfile y canción que formaron parte de nuestra vida temprana. No sabemos cómo, pero es esa sensación la que nos hace pagar el alto costo del boleto de entrada.

El poder de este sentimiento, ejemplificado a la perfección gracias a la magia de Disney, puede recrearse sin ningún problema en otro tipo de lugares. El asombro forma parte de la naturaleza, de la arquitectura, de las culturas, de la música, de la comida, del idioma, de las religiones y sobre todo de las personas y va intrínsecamente ligado a nuestras expectativas. El asombro es recibir todo aquello que no esperamos.

El asombro es vivir todo como si fuera la primera vez.

La primera vez

El libro *Azteca* de Gary Jennings tiene una frase en las primeras páginas que me encanta. Sucede cuando el protagonista viaja por primera vez desde su aldea a la gran ciudad, Tenochtitlan, y el padre muy sabiamente le dice: «Mira todo lo que

puedas, hijo Mixtli. Tú puedes ver esta maravilla y muchas otras más de una vez, pero siempre y por siempre habrá solo una primera vez».

La primera vez que vemos algo es magia pura. La anticipación de conocer un sitio anhelado es indescriptible. En mis viajes hago todo lo posible para que la primera vez que veo algo sea un momento muy especial.

Uno de los videos más famosos de mi canal de YouTube es en Machu Picchu. La gente recuerda mucho esta visita, más por mi reacción que por las tomas del lugar o los datos que ofrezco. Machu Picchu era, por supuesto, el broche de oro con el que cerrarí­a mi viaje por Perú. Conocer semejante zona arqueológica me robó el sueño más de una noche.

Para llegar a esta antigua ciudad inca hay solo dos opciones: caminar o llegar en tren a Aguas Calientes, el poblado más cercano a la zona arqueológica. Desde ahí solo queda subir caminando o en autobús hacia la entrada. Tomar el tren desde Cusco es la opción más popular y representa una excursión de todo un día que un par de miles de personas realizan a diario. Fue lo que yo hice.

El despertador sonó a las cuatro de la mañana; por suerte, la habitación compartida de mi hostel en Cusco estaba completamente vacía, así que no vacilé en hacer escándalo para prepararme para el gran día. Me disfracé de explorador, empaqué más de lo necesario y revisé tres veces si las baterías de mi cámara estaban todas cargadas. No me da pena decir que no me bañé, hacía mucho frío.

El corazón me latía a mil, las manos me sudaban y una mezcla de nervios y ansiedad invadía mi cuerpo; qué curiosa sensación da saber que tendrás un día especial. El taxi llegó puntual al hostel para llevarme a la estación de trenes. El cielo aún estaba negro y el frío de la montaña calaba en los huesos.

Llegué a la estación una hora antes de la partida de mi tren. Quería tener el tiempo suficiente para resolver cualquier contratiempo con tranquilidad. PeruRail tiene tres tipos de trenes que te trasladan a Aguas Calientes: el *Expedition*, que es el económico; el tren de lujo que lleva el nombre del «descubridor» de Machu Picchu, *Hiram Bingham*; y el *Vistadome Observatory*, un tren de precio intermedio con techo de cristal para apreciar el paisaje en el recorrido, este último es el que yo tomé.

Amo los trenes, me fascinan, es mi modo de transporte favorito. Hay algo en ellos que me da tranquilidad. Los trenes no se pierden, anuncian las estaciones, los baños casi siempre son mejores que los de un autobús o un avión, puedes trabajar, puedes caminar, y te permiten observar el paisaje sin obstrucciones. Pero durante este viaje en tren yo estaba muy ansioso, necesitaba llegar, no podía esperar a ver esa maravilla del mundo por primera vez. Ese es uno de mis muchos defectos, soy muy impaciente.

La mañana del viaje, el tren se retrasó 90 minutos, así que, mientras trataba de disimular mi desesperación acompañada del síndrome de piernas inquietas, leía mi guía de viaje sobre el sitio arqueológico mientras estudiaba con detenimiento el mapa y el recorrido que haría. Cada minuto de retraso amenazaba con modificar mi estado de ánimo, pero la ilusión me ayudaba a mantener la compostura.

El viaje hasta Aguas Calientes duró menos de dos horas, me bajé a toda prisa del tren para dirigirme al autobús que me llevaría a la puerta de la zona arqueológica. Iba tan clavado en llegar a mi punto de destino que no presté atención absoluta al pueblo. Me subí al autobús, pero como fui el primero tuve que esperar a que se llenara para poder partir, lo cual representaba otra prueba para mi paciencia. El síndrome de piernas inquietas a tope.

El viaje me pareció un robo, en 2012 pagabas el equivalente a 19 dólares estadounidenses por un viaje de ida y vuelta. Claro que la opción de subir a pie siempre existe, pero había leído que era una caminata agotadora de dos horas, así que mi desesperada mente no estaba dispuesta a invertir ese tiempo. ¡Necesitaba llegar a Machu Picchu!

Por supuesto que fui el primero en bajarme del autobús y hasta podría jurar que empujé a un par de turistas para lograrlo. Agudizando mis sentidos como pocas veces, caminé hacia la entrada siguiendo todas las indicaciones y letreros, sabiendo que cualquier error y desviación me costarían un tiempo preciado y ya había perdido 90 minutos de retraso en el tren. Llegué a la entrada, presenté mi boleto y caminé tan rápido como los latidos de mi corazón hacia la zona arqueológica. Un amigo cercano, que había visitado recientemente el lugar, me recomendó desviarme a la izquierda para tener mi primera visión de Machu Picchu a la mayor altura posible. Tomé su consejo y me desvié. Comencé a subir las milenarias rocas, subí y subí hasta llegar a una altura que me pareció prudente, saqué mi cámara y comencé a grabar mi primera impresión de Machu Picchu. Pocas veces en mi vida he sentido tal euforia. Ahí estaba, frente a mí, este mítico lugar que roba el aliento a quien lo visita. Mi primera vista de la legendaria ciudad inca. Era mucho más hermosa de lo que cualquier foto o video podía mostrarme. Mi reacción fue real, tan real que aún hoy en día sigo recibiendo correos electrónicos diciendo que quieren sentir eso mismo que yo sentí al visitar Machu Picchu. La mala noticia es que es imposible.

A mí también me gustaría repetir ese sentimiento en todos los lugares que visito, pero no es tan sencillo. Mi impresión de Machu Picchu se vio magnificada por la expectativa, la desesperación y la ansiedad. No estoy tan seguro de que eso sea

una fórmula para retomar a nuestro niño interior, pero esta experiencia me dejó claro que nuestra capacidad de asombro puede trabajarse y renovarse. Sé que no visitaré Machu Picchu de nuevo por primera vez (a menos que me dé un golpe en la cabeza y pierda la memoria —cosa que no le deseo a nadie—), pero sí puedo hacer un esfuerzo consciente por recordar ese momento de asombro, de sorpresa y de plenitud. Solo hay una primera vez, pero hay muchas oportunidades para tratar de revivirla.

¿Cómo mantener la capacidad de asombro?

Durante los primeros viajes, la capacidad de asombro está más o menos intacta. Es fácil recordar el primer templo budista que se visita, la primera zona arqueológica, el primer museo famoso. Pero, conforme más vemos y más conocemos, nuestra capacidad de asombro parece agotarse. Esto es completamente normal y no deberíamos sentirnos mal por ello.

En mi caso, un buen ejemplo de cómo se agota esa capacidad de asombro está en las fotografías o el video. En la mayoría de mis viajes la cantidad de video y fotografías que tomo en los primeros días suele ser muy superior a la que tomo los últimos días de viaje, y ni les cuento cómo era en mis primeros viajes. Al principio quería grabar absolutamente todo, hasta los pasillos y la recepción de los hoteles, los viajes en taxi, y quería hacer una foto en cada lugar que me parecía interesante. Pero aquí está la pregunta: ¿qué me parece interesante?, ¿por qué me parece interesante?

Prácticamente todo lo que vemos por primera vez nos resulta interesante. El primer edificio árabe, el primer templo hinduista, la primera mezquita, el primer palacio, la primera pintura de Van Gogh. Después del primero, el interés se va

desgastando, sobre todo si lo nuevo que vemos es parecido a lo que ya hemos visto (si no me crees, pregúntales a los turistas en Egipto si en el último templo que visitaron estaban prestando igual atención que en el primero). Esto es normal, pero podemos hacer algo al respecto.

Una de las preguntas más frecuentes en mis redes es: «¿Cómo mantienes la capacidad de asombro después de haber visitado tantos lugares?», y la verdad es que me ha costado trabajo explicarlo con palabras. Si les preguntas a mis amigos, algunos te dirán que es porque soy un niño y siempre trato de ver la vida con buenos ojos, pero la verdad es que no siempre me maravillo de los sitios que visito, aunque siempre hago un esfuerzo por hacerlo y esto es lo que he aprendido.

La capacidad de asombro y mantener despierto al niño interior son cosas que no solo debemos conservar en nuestros viajes. Por el contrario, debemos cultivarlas en nuestra vida cotidiana, que es donde la rutina amenaza con devorarlas. Es por eso que viajar nos ayuda a recordar el enorme placer de impresionarnos, de sorprendernos y de ver la vida con otros ojos. Dicho esto, los puntos que enuncio a continuación pueden aplicarse siempre, no importa si estás de viaje o en la cocina de tu casa.

No compares

Comparar es absurdo, tanto en la vida como en los viajes, pero también es inevitable. Las comparaciones son, en muchos casos, inservibles. Cuando visito un lugar y lo subo a mis redes no falta quien me escribe preguntándome si las cataratas del Niágara son mejores que las de Iguazú, si Roma es más bonita que Florencia o si la Patagonia es más impresionante que Nueva Zelanda. Entiendo de dónde viene esta

necesidad de comparación, pero en estos casos es completamente inútil.

Todo lo que no nos sirva en la vida hay que desecharlo, por ello comparar no nos sirve a menos que tengamos que tomar una decisión inmediata. Es decir, si solo puedo visitar una ciudad y debo escoger entre Roma o Florencia, tendré que comparar para ver cuál de las dos se acerca más a lo que yo tengo ganas de conocer. Pero cometeríamos un gran error (y lo hacemos todo el tiempo) si empezamos a comparar como una especie de competencia.

¿De qué me sirve comparar las cataratas del Niágara con las de Iguazú? En primera, el mundo no es una competencia; en segunda, no es como que estemos parados en la bifurcación de un camino que nos lleve a una o a otra y tengamos que elegir. Comparar es un gran enemigo de la capacidad de asombro y de nuestro niño interior, pues atenta contra la oportunidad de gozar con plenitud el lugar donde estamos parados. ¡Estoy en Niágara! Qué demonios me importa si las de Iguazú son más caudalosas, si las cataratas Victoria son más altas o si el agua del Parque Nacional Krka es más verde. Estoy en Niágara y es lo único que debería importarme. Asombrarme con lo que está frente a mis ojos, no en mi cabeza.

Una de las grandes desventajas que veo en los *tour express* que se hacen por varios países de Europa es justo eso. Te atiborran de capitales europeas en una cantidad de tiempo tan reducida que no te permite digerirlas, asimilarlas ni disfrutarlas al máximo. Estas excursiones organizadas te llevan a recorrer, en cuestión de horas, ciudades a las que uno debería dedicarles semanas enteras, lo que orilla al incauto turista a comparar las grandes metrópolis del mundo, como Londres, Barcelona o París.

No les ha dado tiempo de entender el sitio que visitan cuando ya deben moverse a otro, lo que provoca que el cansancio,

la saturación y la inevitable comparación acaben mermando su capacidad de asombro. Buscan con desesperación sitios grandiosos que puedan mantener la expectativa tan alta como la esperan, pero olvidan los detalles y dejan el asombro en la superficie, en el brillo y la parafernalia.

No estoy juzgando a quienes viajan de esta forma, al final cada uno de nosotros hace sus viajes de acuerdo con sus posibilidades y necesidades. Pero desde que inicié con mi blog invito a la gente a evitar la mayoría de las excursiones grupales por países europeos o asiáticos para tratar de prevenir que nuestro niño interior se coma todo de un solo bocado. La saturación y la sobrecarga también afectan nuestra capacidad de asombro. Para disfrutar las cosas hay que digerirlas lentamente, así en la vida como en los viajes.

Comparar en la vida cotidiana suele ser igual de inútil. Sueña fácil decirlo, aunque en el fondo todos lo hacemos. Pero si tratamos de crear conciencia en nosotros mismos de que compararnos con otros no sirve absolutamente de nada, es probable que dejemos de hacerlo, aunque sea un poco. Es un cliché, lo sé, no obstante pienso que es cierto que cada uno de nosotros es único e irrepetible y recorreremos un camino individual imposible de comparar con el de al lado. La vida actual parece una competencia, pero es una pena que en el afán de ser más, tener más y hacer más, nos olvidemos de disfrutar más.

Infórmate

La Piedra del Destino o Piedra de Scone es una piedra que puede verse en el castillo de Edimburgo. A simple vista es una piedra sin mucho chiste, de forma rectangular, gastada por el tiempo y con unos aros de metal oxidado a los lados

para poder manipularla. Si esta piedra la encontráramos en el camino, sin conocer su historia, apenas si nos llamaría la atención. Pero estamos hablando probablemente de la piedra más importante en la historia del Reino Unido.

La Piedra de Scone es el símbolo de la realeza escocesa y su historia tiene al menos 1100 años. Se cree que la piedra tiene orígenes bíblicos y cuenta la leyenda que era usada como almohada por Jacob mientras soñaba con una escalera que lo llevaría al cielo. En el siglo XIII el rey Eduardo I de Inglaterra trasladó la piedra a Londres y desde entonces todos los reyes han sido coronados sobre ella. La piedra fue devuelta a Escocia en 1996 con la condición de que fuera trasladada a la abadía de Westminster para la coronación de los futuros reyes y reinas.

Pero aquí no acaba todo. Según algunas leyendas, la piedra que el rey Eduardo I se llevó no era la original, algunos creen que los monjes de la abadía de Scone la escondieron con la intención de preservar tan importante símbolo de identidad y le dieron una copia al rey. Lo que significaría que los reyes de Inglaterra han sido coronados sobre una piedra falsa por cientos de años. Además de las leyendas, la piedra fue robada en 1950 por unos estudiantes y recuperada un año más tarde. Aunque hay personas que creen que la piedra devuelta no es la original.

La Piedra del Destino es sobre todo un símbolo que ha acompañado siglos de historia mundial, todos los reyes de Inglaterra de los últimos 800 años han posado su trasero en ella para ser coronados y los escoceses la mantienen como una parte de su identidad. Esta piedra es mucho más que una roca; es la historia lo que le da relevancia a un rectángulo rocoso, pero si no sabemos todo lo anterior, la piedra no tiene valor.

Por eso la información que poseemos sobre los sitios que conoceremos es vital para nuestra experiencia. Aquello que sa-

bemos puede transformar una simple piedra en decenas de fascinantes historias. La información alimenta nuestra capacidad de asombro y transforma los lugares que pisamos en un escenario de batallas, romances y persecuciones.

Conocer de antemano los lugares que recorreremos como visitantes, contrario a lo que muchos creen, no arruina nuestra capacidad de asombro, sino que la potencia. Da sentido a los detalles y agrega fantasía a cada pared y a cada muro. No hay que esperar a llegar a un sitio para conocerlo, podemos saber todo de él sin siquiera haberlo pisado y, cuando lleguemos, todo tendrá mucho más sentido.

Pregunta

Puede parecer broma, pero a veces le tenemos terror a preguntar. A ver, si la vida es un constante aprendizaje, ¿por qué ese miedo a preguntar?

Preguntar es tocar la puerta del conocimiento, es explorar nuestra curiosidad y nuestras ganas de saber más. No tendría por qué darnos pena. A veces nos da tanto miedo mostrar nuestra ignorancia que nos aterra preguntar algo. Pero bienvenido al mundo real, donde nadie lo sabe todo y somos unos ignorantes en la mayoría de las cosas. Así que no tiene nada de malo no saber.

Preguntar puede abrir una cadena de inquietudes y experiencias que alimenten nuestra capacidad de asombro. Conocer las historias, las leyendas, los datos sorprendentes de los sitios, tratar de entender todo lo que no comprendemos o que no nos ha quedado claro son características de la gente inteligente. Preguntemos sin parar, hasta el cansancio, sin pena ni temor. A veces el asombro está detrás de la respuesta.

Cambia la rutina

Viajar alimenta nuestra capacidad de asombro porque el simple hecho de trasladarte a un sitio nuevo es un cambio en la rutina. Esto provoca que nuestros sentidos estén más alerta, por lo tanto, los estímulos parecen mayores. Pero lo único que ha cambiado es que nosotros estamos más pendientes de lo que sucede.

Cuando llegamos a un país nuevo, lo primero que percibimos es todo aquello que es diferente al sitio donde vivimos, pueden ser pequeños detalles, desde la forma de los semáforos, la manera en que separan la basura, las prohibiciones o las tarjetas que se usan en el transporte público. Solemos dar por sentado todo aquello que es igual. Nuestro cerebro está más despierto, recibe información al mismo tiempo que intenta procesarla. Al principio nos llama la atención todo, por qué la gente no habla en el metro de Japón, por qué los chinos escupen en el suelo, cómo meditan los budistas, cómo preparan el huevo en otros países. Todas las diferencias saltan a la vista y nos asombran, porque se salen de lo esperado.

Variar la rutina está implícito en un viaje y esa sensación de curiosidad y asombro la acompaña. Pero qué pasa cuando estamos de regreso en casa, ¿podemos replicarla?

La respuesta es sí. Podemos hacerlo. También en casa podemos variar la rutina. Tomar una nueva ruta al trabajo, escuchar un nuevo pódcast o música distinta, comer en un restaurante diferente; buscar cosas que nos sorprendan y despierten nuestra curiosidad es más fácil de lo que creemos.

Ve el mundo con otros ojos

La clave de todo, y para muchos la razón de por qué viajamos, es aprender a ver el mundo con otros ojos. Las experiencias

que vivimos y la manera en que estas nos sorprenden no son responsabilidad de los lugares o de las vivencias, sino de nosotros mismos. Es la actitud lo que determina el resultado. Por ello a veces es importante cambiar nuestro enfoque si lo que vemos no está provocando aquello que deseamos, tanto en la vida como en los viajes.

Más adelante hablaré sobre cómo todo lo que vemos depende de nuestra forma de percibir el mundo y no una realidad absoluta, pero me gustaría plantear este concepto para que entendamos que la visión que tenemos del mundo es totalmente nuestra responsabilidad. Por lo general, viajar nos pone en un estado de ánimo positivo respecto a lo que nos rodea. Como turistas, tenemos la oportunidad de ver el lado luminoso de los sitios que visitamos. Y aunque siempre hay personas que se empeñan en poner el foco en la «verdadera cara» de un sitio, la realidad es que hacemos turismo para recuperar la fe en la humanidad y en nosotros mismos. Sabemos que los problemas están ahí, pero recordarnos lo bello que puede ser el mundo y las maravillas que hemos creado nos da esperanza para seguir haciendo de este un lugar mejor.

Renovar la capacidad de asombro en nuestra vida diaria y cuando tengamos oportunidad de viajar es nuestra responsabilidad y el beneficio de ello también. Poder ver la belleza del mundo donde otros solo ven cosas negativas hará que nuestros días sean más placenteros y felices. Vivimos en un mundo hermoso, en el que cada día es una oportunidad de sorprendernos. Nadie lo ha visto todo y, aunque así fuera, siempre hay oportunidad de ver todo de nuevo, ahora desde otra perspectiva.